

EL IMPERIO NUEVO

Durante este período, Egipto vivió una época de apogeo al extender sus fronteras desde las estepas sirias hasta los desiertos nubios. Así, la riqueza acumulada por los tributos hace posible una sociedad rica y próspera, que proporciona a la monarquía los medios necesarios para construir las ciudades y los templos más colosales de toda la historia de esta antigua civilización.

Además del aumento de riqueza como resultado de la gran expansión territorial que se produce en este periodo y el próspero comercio posterior con todo el Mediterráneo, hay que añadir la reorganización del gobierno egipcio, convertido en una autocracia militar con un fuerte aparato administrativo reformado para hacer frente a las necesidades logísticas de un estado militar. Este gran ejército disciplinado se utilizó como mano de obra, siempre que sus servicios no fuesen necesarios en alguna campaña. La utilización del ejército garantizaba la existencia de una provisión constante y organizada, tanto de materiales como de mano de obra, sin afectar a la agricultura, verdadero motor de todo el estado faraónico.



La utilización del ejército garantizaba la existencia de una provisión constante y organizada.

Los años de reinado de Amenofis I fueron relativamente pacíficos, y permitió el florecimiento de las ciencias y las artes, que el soberano fomentó a través de la recuperación de textos antiguos de la tradición y la promoción de nuevas obras científicas y religiosas.

Primeras campañas militares

A pesar de ser descendiente directo de los gobernantes de la XVII dinastía tebana, Ahmose I, el faraón que expulsó definitivamente a los hicsos, es considerado el primer soberano de la XVIII dinastía, a la que nominalmente se la asocia como la iniciadora del Imperio Nuevo.

Tras los devastadores efectos que las guerras de liberación contra los hicsos tuvieron para la economía del país y las tensiones autonomistas de Nubia septentrional, este faraón emprendió la reestructuración del reino, prosiguiendo su actividad militar en Asia. De esta manera, al poco tiempo tomó la ciudad de Sharuhén, en la actual franja de Gaza, región de gran importancia geopolítica y económica, ya que controlaba el principal paso de Egipto hacia el norte, en la franja costera.

Las guerras contra los hicsos y en Asia permitieron la formación de un ejército organizado y veterano. La mayor ocupación de los primeros reyes de la dinastía XVIII fue continuar la obra de Ahmose, es decir, lograr la imposición militar tanto en Nubia como en el Levante, como en el caso de su hijo, Amenofis I, que extendió la frontera más allá de los límites del reinado anterior.



Ciudad de Sharuhén, en la actual franja de Gaza.

Los sacerdotes mantenedores del culto fueron los principales beneficiarios de esta nueva doctrina teológica ya que, además de las tierras concedidas por el faraón, recibieron incontables donaciones privadas.



Faraón Ahmose I.



Los años de reinado de Amenofis I fueron pacíficos, y permitió el florecimiento de las ciencias y las artes.

Los años de reinado de Amenofis I fueron relativamente pacíficos, y esta tranquilidad interna y externa del país permitió el florecimiento de las ciencias y las artes, que el soberano fomentó a través de la recuperación de textos antiguos de la tradición y la promoción de nuevas obras científicas y religiosas. Además, llevó a cabo una importante innovación al separar por primera vez la tumba real del templo funerario, a la vez que decidió el reparto de tierras entre la corona, la nobleza militar y el dios Amón.

Tebas recuperó la capitalidad de Egipto y el dios de esa ciudad, Amón-Ra, se convirtió en objeto de culto nacional. Indudablemente, los sacerdotes mantenedores del culto fueron los principales beneficiarios de esta nueva doctrina teológica ya que, además de las tierras concedidas por el faraón, recibieron incontables donaciones privadas. Esta política encaminada a satisfacer a las elites egipcias consolidó los apoyos con que contaba el faraón, pero a costa de extremar las diferencias entre ricos y pobres.





Faraón Tutmosis I



Tras Amenofis I, el turno sucesorio le correspondió a Tutmosis I, quien realizó importantes incursiones sobre Canaán y Siria. Bajo su gobierno, el Imperio Nuevo conoció un auge sin precedentes puesto que, en el norte, los bien entrenados ejércitos del faraón ocuparon Palestina y conquistaron la costa mediterránea siria, llegando hasta las mismas puertas de la legendaria ciudad fenicia de Ugarit. En el sur, en cambio, el expansionismo imperial conquistó la mayor parte de Nubia.

Conflictos

La muerte de Tutmosis alteró la dinámica sucesoria. El trono lo ocupó su hijo Tutmosis II, que jamás habría podido llegar a ser rey de no haberse casado con su hermanastra, la princesa real Hatshepsut, primogénita de Tutmosis I y de su reina. Apenas constan hechos dignos de mención de este monarca, lo que hace suponer que su reinado fue breve, aunque se conoce que durante los primeros años tuvo que aplastar una sublevación en Nubia, reforzar sus posesiones en el Sinaí y detener invasiones de beduinos, en la frontera con Arabia.



Amenofis I llevó a cabo una importante innovación al separar por primera vez la tumba real del templo funerario, a la vez que decidió el reparto de tierras entre la corona, la nobleza militar y el dios Amón.

La sucesión de Tutmosis II resultó conflictiva, puesto que la legitimidad del faraón se lograba mediante el matrimonio de este con su hermana. Así, en este caso en particular, se buscaba mantener pura la descendencia de la familia del fundador Ahmose I. Esto posibilitó, tras su muerte, la ascensión de Hatshepsut, cuya sangre era más pura. Aunque la sucesión recayó en el futuro Tutmosis III, un heredero que el faraón había tenido con una concubina llamada Iset, sin embargo, como era todavía un niño en el momento de la coronación, Hatshepsut asumió la regencia a la espera de que el legítimo heredero alcanzara la edad adulta.

Hacia el séptimo año de reinado de Tutmosis III, la reina fue mucho más allá y asumió personalmente la titulación y los epítetos destinados al rey, convirtiéndose a todos los efectos en la primera mujer faraón.



Sin embargo, hacia el séptimo año de reinado de Tutmosis III, la reina fue mucho más allá y asumió personalmente la titulación y los epítetos destinados al rey, convirtiéndose a todos los efectos en la primera mujer faraón. Era una gran infracción de las tradiciones, pero la reina afrontó la dificultad de su aceptación con gran audacia ya que primero alegó una corregencia con su padre, Tutmosis I, y luego invocó la "invención" de su milagroso nacimiento, que se habría producido mediante designio divino de Amón.

Ambiciosa y enérgica, Hatshepsut dilapidó parte de la herencia imperial al desentenderse de las posesiones asiáticas, lo que aceleró la liberación de Palestina. Sin embargo, durante su reinado se sitúa el auge del comercio con Punt, vía mar Rojo, cuyo principal interés era el incienso utilizado para los rituales egipcios. Luego de su muerte, su sucesor, Tutmosis III, emprendió un esfuerzo colosal para eliminar la huella de quien lo había apartado del trono. Según varios autores, el nuevo faraón destruyó la mayor parte de sus estatuas e hizo desaparecer sus inscripciones.

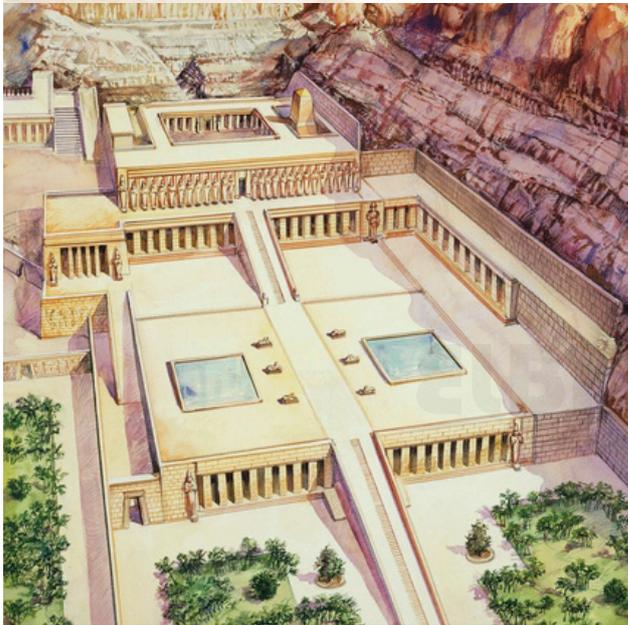
ELIBIBLIOTE.COM



Templo de Amun, Kamak, Thebes. Allí se encuentra el obelisco de Thutmosis I y la reina Hatshepsut.

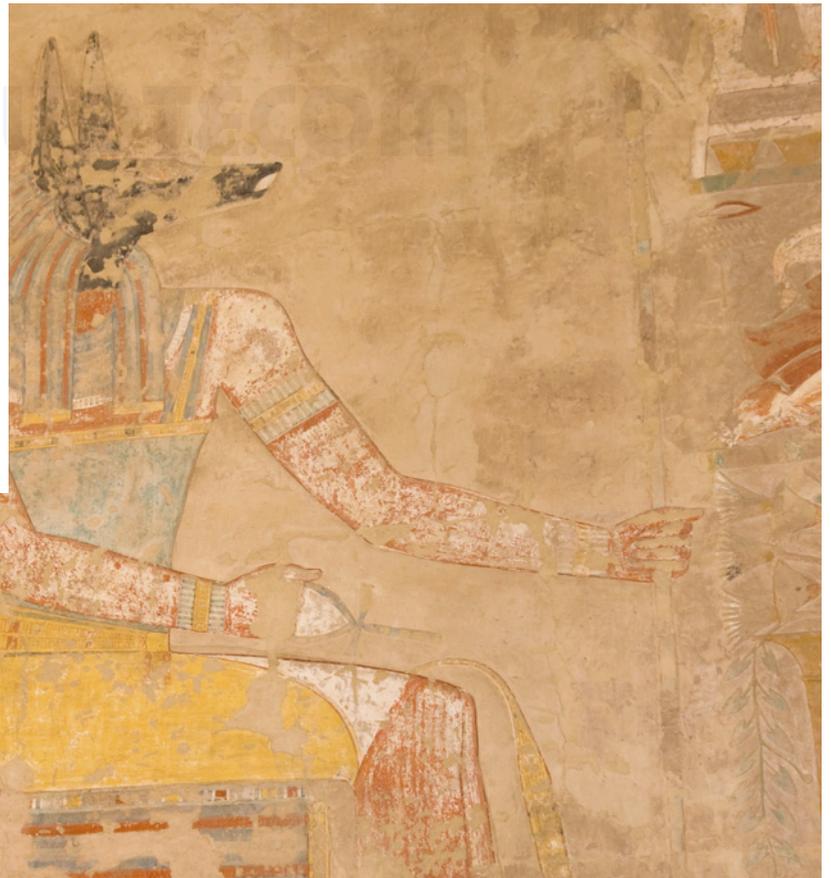


Desde el comienzo de su reinado, Tutmosis III tuvo que enfrentarse a sublevaciones en Siria, patrocinadas por el reino hurrita de Mitanni, en el norte de la Mesopotamia, derrotó a la confederación siria comandada por Kadesh, en las cercanías de Meggido, en Canaán, sorprendiéndolos por la retaguardia, para luego tomar la ciudad, y fortaleció su poder en Canaán, y siguió hacia Siria, donde tomó diversas ciudades sirias pro-hurritas, llegando incluso a cruzar el Éufrates.



Vista aérea del templo de Hatshepsut. A la derecha, pintura en un muro del templo.

Estas campañas aseguraron el dominio de Siria y Palestina, paso obligado de los ejércitos faraónicos, y acumularon gran cantidad de botines y tributos, incluso de potencias extranjeras, como Chipre, Creta, Babilonia y Hatti. La creación de una red de caminos y una excelente flota facilitaron estas empresas.



Potencia regional

La vocación imperialista de Tutmosis III no puede desligarse de su condición de brillante estratega. Sus excelentes aptitudes militares se vieron recompensadas luego de la victoria sobre el reino de Mitanni, que en 1448 a. C. reconoció la supremacía de Egipto, como anteriormente lo habían hecho los hititas y Babilonia en el 1457 a. C. así como los reinos de Azzi y Alalakh.



No sin sobresaltos, la generosa herencia de Tutmosis III fue conservada por su hijo Amefis II. Durante su reinado se recrudeció la guerra con Mittani y hubo de reprimir nuevas insurrecciones en Siria y Palestina. Mediante la fuerza o la intimidación, las campañas periódicas de este soberano parecían estar dirigidas a lograr el reconocimiento y tributo de las ciudades estados de Siria y Canaán, y de potencias extranjeras, intentando además mermar la influencia de Mittani, que finalmente acabó reconciliándose con Egipto.



Granjeros cargando canastos llenos de trigo. Detalle de un fresco realizado en la tumba del faraón Tutmosis IV.



Con Tutmosis IV, su sucesor, se continuó exitosamente con la política de contención vinculada a sus predecesores. Aunque se sabe que tuvo que enfrentarse con Mitanni y Siria, pudo reconquistar Gazer, al sur de Palestina, y se fortaleció la posición en Nubia y el Levante. Viendo que las fuerzas estaban niveladas, comenzó un período de paz, con alianzas matrimoniales entre los reyes hurritas y egipcios, como bien lo confirma la presencia, dentro del harén del faraón, de una princesa mitania, madre de su sucesor, Amefis III. Una vez restablecida la paz, Tutmosis IV se dedicó a la conservación y restauración de monumentos y templos, especialmente en el norte, dedicados al culto solar, para contrarrestar el poder del culto al dios Amón, concentrado en la capital Tebas.

Cabe señalarse que durante el reinado de Tutmosis IV, y en especial en el de su hijo Amenofis III, comenzó un período en el cual las relaciones internacionales con las potencias asiáticas se desarrollaron en general amistosamente. Egipto se encontraba en el punto culminante de su poder y de su riqueza, donde el arte y la cultura alcanzaron un nivel inédito.

Por lo demás, la corte del Amenofis III agrupaba las personalidades más importantes del país, entre las que sobresalían la esposa principal del soberano, Tiyi, y un escriba llamado Amenhotep, hijo de Hapu, buen ejemplo de una carrera política ascendente, ya que disfrutó de los favores especiales del soberano. Destacado por su organización y estabilidad, culto y poseedor de una inteligencia privilegiada, Amenhotep fue consejero de las más preeminentes familias de Egipto, mediador entre el dios Amón y los simples mortales, y experto en inscripciones antiguas y libros litúrgicos.

Amenhotep, hijo de Hapu.



Aunque la capital seguía siendo Tebas, Amenofis III pasaba gran parte del tiempo en Menfis. Esto hizo que los leves intentos de su antecesor por acercarse más al clero de Heliópolis y por consiguiente al culto solar sea continuado con más fuerza. De esta manera, comenzó a dar cargos de importancia al clero ubicado en esta ciudad, mientras que por otro lado se los quitaba al tebano. Sin embargo, durante todo su reinado no salió de Egipto y nunca viajó a sus posesiones asiáticas, lo que poco a poco las relaciones entre Egipto y Mitani se fueron enfriando, comenzando con las intrigas palaciegas. Así, el soberano sintió la necesidad de refugiarse en sus orígenes religiosos aproximándose ahora un poco más al clero de Amón.

La herejía de Akhenatón

Al morir Amenofis III, fue sucedido por su hijo Amenofis IV, que cambió su nombre a Akhenatón. Este soberano fue el protagonista de una de las etapas más apasionantes y polémicas de la historia de Egipto, ya que su misticismo le llevó a una revolución teológica que impuso el monoteísmo en uno de los países de la Antigüedad con un mayor número de dioses en su panteón.

Sus años de gobierno representaron una auténtica ruptura tanto en el plano político y administrativo como en el religioso y cultural. De carácter débil y desconfiado, vivió inspirado por un misticismo espiritual que lo alejó completamente de los asuntos terrenales.

El peculiar reinado de Akhenatón, más interesado en temas religiosos o artísticos que en la administración del Estado, se completó con el gran visir Isru, al que algunos asocian al José bíblico, y cuya influencia en el monoteísmo del faraón fue decisiva.



De esta manera, llevó hasta las últimas consecuencias el proceso de difusión de los cultos solares de Heliópolis, concentrando todas sus energías en una reforma religiosa radical que proclamó al dios Atón como divinidad suprema del país, sustituyendo a Amón y promoviendo un movimiento de intolerancia religiosa hacia cualquier otro tipo de culto.

La “herejía” de Akhenatón tuvo consecuencias nefastas. A partir de ese momento se recrudeció la persecución contra el amonismo, no sólo dentro de los sacerdotes tebanos, sino los de otras regiones egipcias, y hacia a la población, imponiéndose de forma obligatoria una forma de monoteísmo. Además, se comenzó a destruir templos e imágenes y, sobre todo, a borrar los nombres de las demás divinidades. Por su parte, Siria se perdió ante la desidia del faraón, demasiado ocupado en convertir Tell el-Amarna como nueva capital de Egipto y como centro espiritual de su religión. Allí vivió este soberano, inmerso en sus delirios religiosos, erigiendo templos y estatuas en honor a Atón, acompañado por su esposa Nefertiti y rodeado de una corte de fieles entregada sin reparos a la nueva fe.

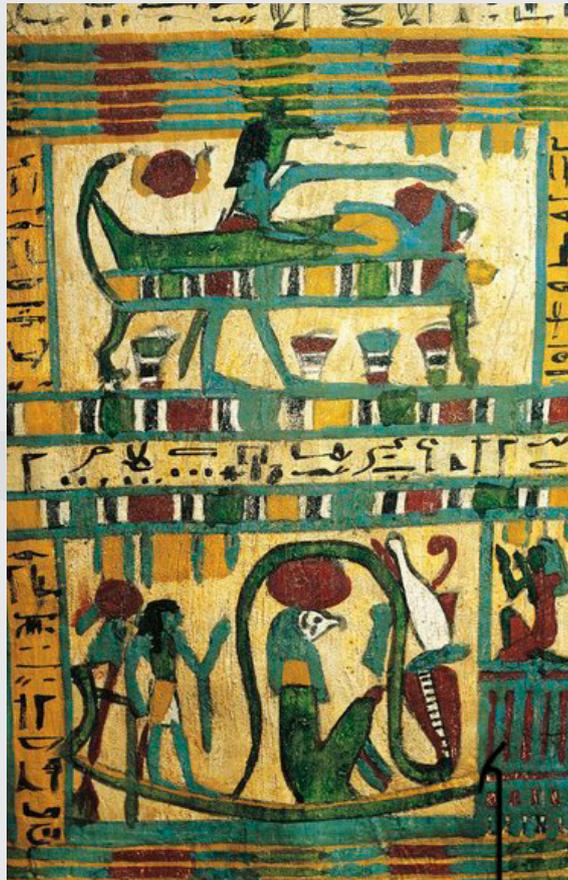


El soberano Akhenaton junto a su esposa Nefertiti.

Hacia el final de su reinado la situación, incluso dentro de la misma corte de Amarna, era caótica. Al parecer, el peculiar reinado de Akhenatón, más interesado en temas religiosos o artísticos que en la administración del Estado, se completó con el gran visir Isru, al que algunos asocian al José bíblico, y cuya influencia en el monoteísmo del faraón fue decisiva. Isru prohibió todos los sacrificios en los templos y expropió a los grandes terratenientes ante una hambruna que duró siete años, en los que se intercambiaron las propiedades por alimentos. El resultado fue que todas las tierras de Egipto pasaron a manos del faraón.



LOS INFLUYENTES SACERDOTES



Los sacerdotes pertenecían a la elite social, por lo que su riqueza y poder crecieron amparados por los faraones. De esta forma, los distintos soberanos impulsaron la formación de una casta especializada que administrara los templos y se cuidara del culto a los dioses. Dichas funciones requerían rentas elevadas, que muy pronto fueron reguladas por la administración y, con ese objetivo, se cedieron tierras, se asignaron estipendios y nacieron las fundaciones piadosas, que sostenían cultos privados a cambio de generosas concesiones en forma de propiedades y exenciones fiscales.

La rehabilitación del dios solar Ra, en el Imperio Medio, y su consolidación bajo el nombre de Amón-Ra, en el Imperio Nuevo, convirtió a los sacerdotes en personajes muy poderosos. Así, conscientes de que el clero dominaba los resortes del poder simbólico, seguramente el más efectivo y persuasivo de todos, los faraones no dudaron en ganarse su confianza. Por ejemplo, durante el reinado de Ramsés III la casta sacerdotal llegó a poseer una tercera parte de las tierras y una quinta parte de sus habitantes, aunque el sumo sacerdote de Amón-Ra disputó el poder al faraón, lo que implicó funestas consecuencias.





Estatua del Faraón Tutankhamón.

Tutankhamón y los jefes militares

Tras la muerte de Akhenatón, Egipto se deslizaba hacia una crisis de incalculables consecuencias sociales y políticas, una inquietante situación que fue incapaz de corregir su sucesor en el trono, Semenkhare. Poco se sabe acerca de este personaje e incluso hay varias teorías acerca de su identidad, aunque es muy probable que haya sido yerno del "faraón hereje".

También se ignora cuál fue la postura de Semenkhare en cuanto a la difícil situación que atravesaba el país: Akhenatón había prohibido, e incluso condenado, el culto a cualquier dios que no fuera Atón o al menos Ra, las fronteras estaban debilitándose a pasos agigantados, los hititas amenazaban conquistar el territorio egipcio y la pobreza aumentaba. Sea como fuere, su reinado fue muy breve y aproximadamente en un año y medio había desaparecido por completo de la historia egipcia. Había un nuevo rey, Tutankhamón, todavía menor de edad, siendo ocupado el gobierno efectivo de este último el visir Ay.

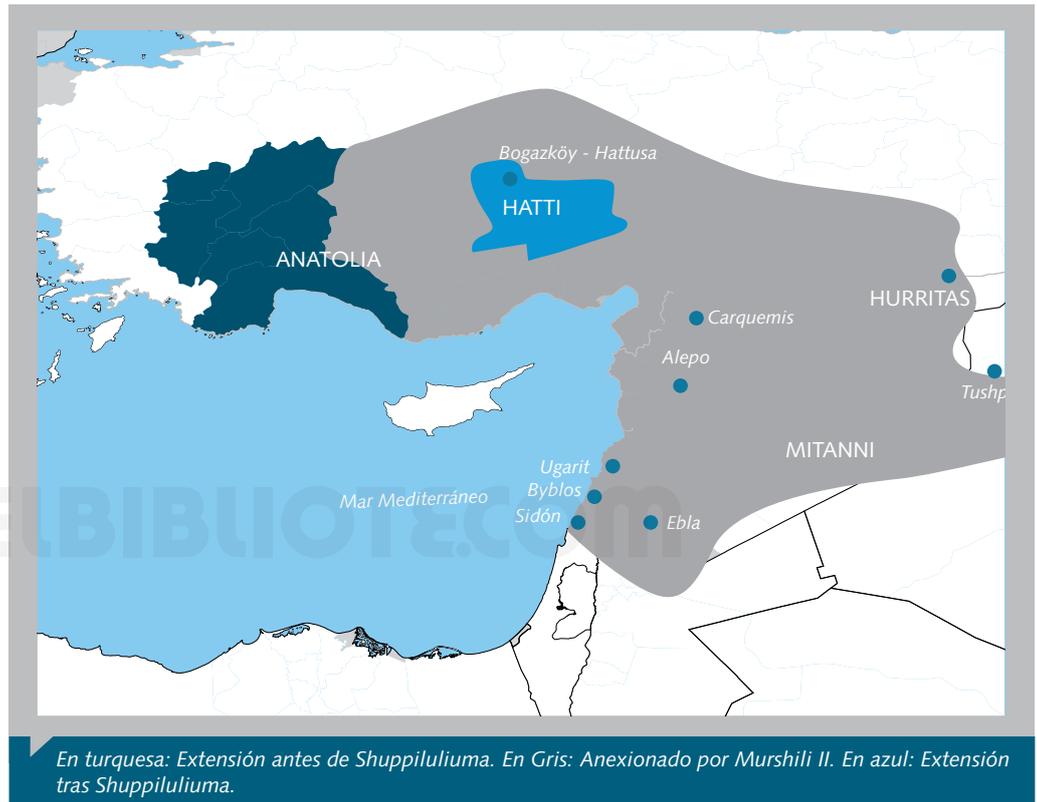
Así las cosas, la subida al trono de Tutankhamón ayudó a estabilizar el país. En el cuarto año de su mandato, la acción conjunta de elementos militares y de los sacerdotes de Amón se saldó con la restauración político-religiosa. Ay, antiguo jefe de la división de carros de Amarna, gobernó el Sur, mientras que el laureado general Horemheb se hacía con el poder en el Norte.

Con todo, tras reinar unos nueve años y sin haber podido consolidar su poder, la prematura muerte de Tutankhamón dejó una cierta inestabilidad en Egipto, ya que era el último miembro varón de la dinastía XVIII. Ay, ya anciano, ocupó el trono durante unos años, siendo reemplazado luego de su desaparición por el general Horemheb. De este último se conocen unos edictos que intentan poner orden en el país y también que neutralizó las guerras locales que estallaron en Palestina al morir Akhenatón. Horemheb también murió sin descendencia, por lo que se nombró a su visir Ramsés I príncipe heredero. De esta manera, éste fundó la XIX dinastía, la de los ramésidas.

El imperialismo hitita se caracterizaba por su interés de conquista permanente de las ciudades-estado de Siria. Por ejemplo, Karkemish, una de las ciudades que más resistencia opuso, en los siglos siguientes a la disolución del Imperio Hitita fue uno de los más importantes estados neo-hititas.

La expansión Hitita

Hatti, un reino de Anatolia central, al verse acorralado por sus vecinos, tuvo que basarse en su capacidad militar para sobrevivir como estado. Así, pronto surgieron reyes militarmente fuertes que dieron fin a una serie de crisis dinásticas, destacándose entre ellos Shubiluliuma I. Este soberano logró conquistar Cilicia, en la región costera de la actual Turquía, cercana a la frontera con Siria, entrando entonces en contacto con la esfera de influencia de Mitanni.



A su vez, evitó una guerra de posiciones con los hurritas invadiendo Mitanni por el norte, y en los años siguientes tomó o redujo a vasallaje a las ciudades-estado sirias, la mayoría dependientes de Mitanni, para, posteriormente, instalar un rey pro-hitita en esta ciudad. Esto significó la definitiva decadencia de Mitanni.

El imperialismo hitita se caracterizaba por su interés de conquista permanente de las ciudades-estado de Siria. Por ejemplo, Karkemish, una de las ciudades que más resistencia opuso, en los siglos siguientes a la disolución del Imperio Hitita fue uno de los más importantes estados neo-hititas. Entre los pequeños estados había varios que se encontraban vasallos de Egipto, como Kadesh, Amurru y Ugarit. Aunque Ugarit se hallaba distante de Egipto y era sólo un vasallo nominal, en Amurru había un gobernador egipcio permanente. Más tarde los hititas avanzaron hacia el sur, alcanzando la zona de Damasco.

La expansión hitita sobre el área de influencia egipcia se explica en primer lugar por su capacidad militar y porque coincide con las reformas de Akhenatón. Parece estar demostrado que ellas trajeron conflictos internos durante el reinado del propio faraón y, con seguridad, tras su muerte, se sumaron a las desuniones políticas en la misma corte. Según fuentes hititas, se sabe que un miembro femenino de la familia real egipcia, durante el período inmediatamente posterior a la muerte de Akhenatón, solicitó a Shubiluliuma I conformar una alianza matrimonial, pero el hijo del rey hitita enviado a Egipto con este objeto fue asesinado.



Nombres		Reinado	
de Horus	Personal	Inicio	Fin
NEPEHTIRA	Amosis I o Ahmosis	1549 adC	1524 adC
DJESERKARA	Amenofis I	1524 adC	1503 adC
AKHEPERKARA	Tutmosis I	1503 adC	1491 adC
AKHEPERENRA	Tutmosis II	1491 adC	1479 adC
MENKHEPERENRA	Tutmosis III	1479 adC	1424 adC
MAETKARA	Hatshepsut	1472 adC	1457 adC
AKHEPERURA	Amenofis II	1424 adC	1398 adC
MENKHEPERURA	Tutmosis IV	1398 adC	1388 adC
NEBMAATRA	Amenofis III	1388 adC	1348 adC
NEFERKHEPERURA-WAENRA	Amenofis IV o Akhenatón	1360 adC	1343 adC
ANKHKHEPERURA	Smenkhkara o Semenkhare	1346 adC	1346 adC
ANKHKHEPERURA-MERWAENRA	Nefernefruatón	1346 adC	1343adC
NEBKHEPERRA	Tutankhamón	1343 adC	1333 adC
KHEPERKHEPERURA	Ay	1333 adC	1328 adC
SETEPENRA	Horemheb	1328 adC	1298 adC

Cronología de Faraones de El Imperio Nuevo.